

Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo difieren ante *la estupenda verdad* de Paul Verlaine

Juan Manuel González Martel¹

Resumen: Se estudian las relaciones y las diferentes percepciones literarias entre Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo respecto a Paul Verlaine sobre la base de la crónica “La leyenda de Verlaine”, de Gómez Carrillo, que es tanto una crítica a Bernard Lepelletier por la tesis de su biografía sobre el poeta galo como una réplica a Darío por acreditar las opiniones de dicho biógrafo.

Palabras clave: Paul Verlaine, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, biografía, homosexualidad.

Abstract: This article studies the relationship and the different literary perspectives between Rubén Darío and Enrique Gómez Carrillo regarding Paul Verlaine. The point of departure is Gómez Carrillo's chronicle “La leyenda de Verlaine,” which is in itself a criticism of Bernard Lepelletier's thesis in his biography on Verlaine as well as a reply to Darío for giving credit to Lepelletier's opinions.

Keywords: Paul Verlaine, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, biography, homosexuality.

“La leyenda de Verlaine”, una crónica de 1907, del modernista Enrique Gómez Carrillo es una crítica a Bernard Lepelletier por la tesis de su *Paul Verlaine, Sa vie. Son oeuvre*, y, a la vez, una réplica tajante a Rubén Darío por “La vida de Verlaine. Realidad y leyenda”, artículo presentado en “La Nación” de Buenos Aires, en el que el nicaragüense se alinea con las explicaciones e interpretación del biógrafo de la vida del poeta francés².

Los dos escritos aportan notas de interés tanto para el apartado de la recepción del poeta simbolista en las letras hispánicas como para el capítulo de la variable amistad de Darío y Gómez Carrillo. Pero interesa, sobre todo, por lo que sugiere. Al incidir en el desacuerdo sobre la personalidad humana y literaria de Verlaine, con repetida mención de situaciones de la vida íntima o familiar del controvertido poeta, se apuntan o se intuyen algunas de las actitudes que subyacen en lo escrito por ambos modernistas, con lo que se entrevé una vez más la compleja experiencia y la amplitud de matices ideológicos que el Modernismo encierra.

Asimismo, la argumentación de Gómez Carrillo contiene, esbozadas, unas consideraciones sobre cuál debería ser el objetivo fundamental del acercamiento biográfico a un escritor y la actitud del biógrafo, en caso de que la vida que se pretende desvelar, por no haber discurrido por cauces socialmente convencionales, haya sido objeto de contradictorias apreciaciones. Gómez Carrillo considera que a la hora de enfrentarse con la biografía de Paul Verlaine, o la de otro cualquier artista, personas de complejas andaduras existenciales e importante obra de creación, como

¹ Doctor en Filología Románica de la Universidad Complutense de Madrid. jmgmartel@hotmail.com

² Han sido las últimas investigaciones del Dr. Alberto Acereda, en especial del trabajo “*Nuestro más profundo y sublime secreto: los amores transgresores entre Rubén Darío y Amado Nervo*” en el *Bulletin of Spanish Studies*, sobre la dialéctica biografía y creación literaria en el Modernismo hispánico, las que me han animado a releer, aumentándolo ligeramente, este artículo presentado en *Magazine Modernista*, sobre las diferencias de opinión del cronista y del poeta centroamericanos ante el lírico simbolista francés. No se ha rectificado extremo alguno, si bien se han precisado algunas informaciones, aumentándolas, y se ha remodelado una parte de la redacción del escrito.

pueda ser la del mismo Rubén Darío, debe de respetarse “la estupenda verdad de su vida real”, aceptándose sus realidades, sin secreto ni retoque alguno. Opina que la labor del crítico ha de limitarse a borrar las “aún muchas calumnias manchan la fama [de su obra]”, a defender exclusivamente la calidad de su obra de creación.

¿La realidad o la leyenda de Verlaine?

“La leyenda de Verlaine”, del 22 octubre de 1907 en “El Liberal” de Madrid, es la contestación de Gómez Carrillo al artículo “La vida de Verlaine” de Darío. Y aunque la finalidad es manifestar su disconformidad con la tesis de Lepelletier, con la biografía que pretende “rehabilitar” –“una especie de defensa”- al poeta galo, se trata igualmente de un rechazo a lo leído en la crónica de Rubén que valoraba el nuevo libro como un texto “piadoso y definitivo” que rebatía la “leyenda” del “melodioso mártir”.

Si a Gómez Carrillo, en sus años de madurez, le pareció que tenía motivo fundado para convertir a Darío en diana de su crónica, fue a raíz del artículo “La vida de Verlaine” del nicaragüense. En cuanto lo leyó, se apresuró a denunciar la que consideraba una oblicua posición crítica del poeta amigo en su ejercicio de cronista literario. Pasando por alto los recientes reconocimientos que había dedicado a Darío, por los cuales el poeta le había dado las gracias –“Le agradezco sus elogios para mi pobre obra de ahora y de antaño”³, y las varias solicitudes de colaboración para “El Nuevo Mercurio” (1907), Enrique arremetía, casi furioso, contra Rubén. Y no lo hacía, como en otros anteriores desacuerdos, por cuestiones estrictamente personales, ni por esas alusiones críticas que a menudo se regalaron a costa de sus libros -muchos elogios hubo también-, ni por conveniencias editoriales y periodísticas ni por los necesarios dineros.

Inicia la crónica con “Recordando que hace cuarenta y tantos años Verlaine le escribió [carta del 8 de noviembre de 1872] desde la cárcel para pedir que defendiera su buena reputación, el folletinista Lepelletier, [...] acaba de publicar una especie de defensa del autor de *Sagesse*”, remitiéndose a *Paul Verlaine. Sa vie.- Son oeuvre* (Paris: Mercure de France, 1907).

“¿Bohemio, yo?”

En ocasiones, cuando habla de la bohemia, Gómez Carrillo, recordaba un lejano primer contratiempo con Rubén en 1891, en los días de “El Diario de la Tarde” y en los que ya tenía preparadas las maletas para partir rumbo a Europa. Enrique cuenta cómo al poeta le había molestado que lo presentase como *bohémio* en una croniquilla sobre el ambiente literario guatemalteco.

Con el título que parecía iniciar un cuento o el verso de un poema, “Este era un rey de Bohemia...”, inmediatamente Rubén escribió una crónica sobre lo comentado por Gómez Carrillo; una réplica que delataba su enfado por haber sido citado como uno de los protagonistas de esa bohemia local por su redactorcillo, aún con diecisiete años. Al punto de interpretar las frases de Enrique como burlas –“¿qué hermoso y amable ángel ha puesto la atmósfera del encanto en tu cabeza?”-, a los mismos compañeros de redacción le pareció desproporcionado lo de Rubén.

³ Carta n° 167: 18.08.1907. *Archivo Rubén Darío*. Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense. Madrid.

Un amigo mío ha tenido un ensueño. Me acaba de nombrar nada menos que a la bohemia literaria de Guatemala. ¿Qué cosa es eso? ¿En dónde estamos? ¿Se sonambulea o se nos burla? ¿Qué es esta novela tan fin de siglo? ¡Decididamente, mi amigo tuvo un ensueño!

¿Bohemia, y en Guatemala, y en el año de gracia de 1891?

Olvidada la bohemia ideal, la de “los pasados bohemios”, los artistas de un tiempo acabado en el “viejo y alegre país donde florecían todas las rosas”, argumenta que “La lucha por la vida, la fuerza de nuevas empresas, las agitaciones políticas, el moderno periodismo, etc., lo han cambiado todo”.

[L]os días llenos de locura, penurias y entusiasmos. [...] Los bohemios de hoy son los perdidos de la literatura. Son, en el aristocrático mundo de las letras, los que hacen bailar el oso y la mona, recogiendo los cuartos en el sombrero mugriento. Son los holgazanes en prosa y los desvergonzados en verso; son el asco de la profesión, la lepra de la imprenta, la triste y áspera flor de la canalla.

Enrique, el “señor hidalgo”, el “amigo mío”, el novato periodista, sin preverlo, había rosado un asunto sensible. Un incidente, que, como anécdota, recuperaba Gómez Carrillo en las ocasiones en que, si el nombre de Darío surgía en la charla, se trataba de definir la moderna bohemia o el estilo de los bohemios o en comentarios en que había que apuntillar, irónicamente, rápidas reflexiones sobre compatibilidades de bohemia con *dandysmo* y comportamientos sociales supuestamente *aristocráticos*⁴.

Desde su primera semblanza de Verlaine

Gómez Carrillo opinaba, con el respaldo de haber sido el primero en hablar de Verlaine en las letras hispánicas, y no sólo con alguna cita o aludiéndolo, sino con amplios trabajos sobre el poeta “maldito”; y el primero en nuestro ámbito en emplear la palabra “leyenda” aplicándola a la imagen de Lélian. En París desde finales de enero de 1891, recién cumplidos los dieciocho años, fue conociendo a Verlaine, en el entorno de la revista y los banquetes de “La Plume”, al tiempo que trató a muchas de sus amistades.

El primer artículo de Gómez Carrillo sobre el poeta simbolista, dividido en tres apartados, de “El Hombre, El Poeta y La Escuela”, fue elaborado con entusiasmo y seguridad en los primeros días de su estancia en París, y publicada el 13 de marzo en el “Diario de Centro América” de Guatemala, cuando apenas llevaba cuatro semanas en la capital francesa. Y volvió sobre la figura de Verlaine en el verano, en 27 de julio, en el mismo periódico. En ambos escritos empleará el vocablo ‘leyenda’ al conjugar ciertos extremos de la personalidad del poeta.

⁴ En “Apuntaciones y párrafos” de *Crónica literaria*, IX, *Obras Completas* de Mundo Latino. A tal incidente, hay que remitirse en alusiones como la contenida en la segunda edición de *La bohemia sentimental*, en la dedicatoria a Rafael Espínola. Repite la frase que habría de popularizarse tanto, “Cuando Rubén Darío talento (¡Oh, póstumo!)”, para parodiar aquella fecha en que “estuvo a punto de asesinar a un amigo suyo que le llamó bohemio”, a aquel enero de 1891. Y en crónica que recoge en *Sensaciones de París y Madrid*, pp. 90 y 96, repite: “La bohemia, siempre la bohemia. Hace seis u ocho años [1891, 1893] un joven poeta entonces desconocido en Madrid, estuvo a punto de asesinar a un periodista amigo suyo que le había llamado bohemio.

-¡Bohemio yo! – gritaba el autor de *Azul*.

- ¡Pues no faltaba más! [...] La bohemia es todo y no es nada. – Y cuando el susceptible Rubén Darío se enfada porque un amigo le llame bohemio, [...]”.

Este artículo lo presentará nuevamente en 1892 en *Esquisses*, su primer folleto literario. Editado en Madrid. "Versalles, diciembre de 1891" es lugar y fecha con que cerró este "Paul Verlaine (Notas para un estudio)", remitiéndose a días en que el poeta permanecía hospitalizado, antes de mediados de diciembre de 1891. Luego, elimina esa fecha y cambia el título cuando recoge el trabajo en *Almas y cerebros* (1898): "Una visita a Paul Verlaine. Verlaine en el hospital.- La figura de Verlaine.- El poeta pobre.- Anécdotas.- La obra.- La leyenda."

Después de incluirlo en su segunda publicación, *Sensaciones de arte* (París: Biblioteca Azul, 1893), el estudio sobre Verlaine lo desglosará en subtítulos en *Almas y cerebros* (París: Garnier, 1898), donde hallamos de nuevo "La leyenda": V. *Paul Verlaine.- Una visita a Paul Verlaine. Verlaine en el hospital. La figura de Verlaine. El poeta pobre. Anécdotas. La leyenda.- La muerte de Verlaine. Una carta de Alejandro Sawa. La cólera de Verlaine. El editor de Verlaine. Anécdotas.* Y "leyenda" es término que seguirá siendo empleado por Carrillo en las posteriores crónicas en las que mencionará al poeta.

¿"Fauno místico" o "alma lamentable"?

Gómez Carrillo tuvo que sentirse aludido por Darío en expresiones como "cronistas ligeros y desvergonzados escribas" o "tantos plumíferos parisienses e internacionales, cuyos recuerdos *barriolatinescos* y báquicos no han contribuido sino a la universal transformación del fauno místico en una especie de tipo lastimoso y mendicante, saturado de todos los alcoholes y roído por toda suerte de bajos vicios".

Sarcástico, se dirige al biógrafo francés y al poeta nicaragüense, manifestándoles su desacuerdo con el enfoque de "rehabilitación" o "aclaración de hechos con irrecusables documentos", con la justificación de que se estuviese cumpliendo "con cordialidad una disposición testamentaria". Y, a continuación, ridiculiza las apreciaciones biográficas de Darío al basarse en lo que Lepelletier da como la "realidad" de Verlaine, reprochándole que acepte, y divulgue lo argumentado por el crítico francés a partir de su simulación de la irregular vida familiar, el alcoholismo, la bisexualidad, las penurias económicas y la mala salud que lo recluyeron en el hospital público en distintas temporadas de la última década de su vida.

Gómez Carrillo defendía, frente a esa forzada reconversión de Verlaine que se hacía cuando apenas se había cumplido una década de su muerte, la entidad humana del lírico, sin separar "vida" de "leyenda", manifestando su absoluto respeto por la que había sido el "alma lamentable de Verlaine", la realidad de sus virtudes y *pecados*, por todo lo que configuró, en fin, su libérrima andadura existencial⁵. E insistía en que había que atender prioritariamente a la calidad de su obra, y no debía temerse el responder con la verdad, si para comprender ciertos extremos existenciales de la poesía de Paul Verlaine, se tenía que invocar cuál fue su real modo de vida. En su opinión la de Verlaine, asumida y trascendida en su poética, "fue la más bella de las vidas, por lo mismo que fue la más legendaria". Para Gómez Carrillo, como lo resume en crónica de 1899, Lélian fue

El más grande, el más noble, el más sincero, el más sencillo de los artistas de nuestra época, y sin embargo, el más desgraciado. ¿Sin embargo?... tal vez por lo mismo.

⁵ En *El alma encantadora de París* (1902) y *Hombres y superhombres* (1920).

*Je suis venu calme orphelin
Riche de mes seuls yeux tranquilles
Vers les hommes des grandes villes
Ils ne m'ont pas trouvé malin.*

No; los hombres de las grandes ciudades no le encontraron *malin* a pesar de los *Poemas Saturnianos*, a pesar de la *Buena Canción*, a pesar de *Sagesse*, a pesar de *Amor*, a pesar de las *Fiestas Galantes*... fue “tracé ligne à ligne par la logique d’une influence maligne”.

¡Pobre gran poeta!

Subraya que Lepelletier “[...] de lo que se empeña en defenderlo [a Verlaine] no es de las calumnias que manchan aún su fama, no, sino de la estupenda verdad de su vida real”, presentando al crítico francés como un “folletinista”, y “un buen burgués incapaz de comprender la belleza del desorden y la grandeza del pecado”; si bien lo disculpa, por las probadas razones de vieja amistad que subyacían en su defensa, el esfuerzo por “normalizar” la biografía del poeta. Y reiteraba que la posición de Lepelletier, por proceder de amigo, aunque forzada, llegaba a comprenderla, pero lo que de ningún modo aceptaba era que Rubén Darío justificase esa imagen burguesa del poeta que se promocionaba a destiempo con tal reconversión de la “la leyenda” de Verlaine, “de sus vicios, de su bohemia, de sus ajenjos”, asegurando que “En el fondo, Verlaine fue un buen ciudadano con ideas de honrado padre de familia”⁶. No le bastaba, por tanto, la tímida defensa que Darío hacía del “desventurado maestro”, del “melodioso mártir”, frente a las críticas de Max Nordau, ni menos la tópica recomendación de buscar “el oro cordial del hombre” con el argumento de que “el desventurado maestro” no fue bohemio por gusto, sino por necesidad.

Gómez Carrillo, que se relacionó con Verlaine entre 1891 y 1896, no se extrañaba de que la absurda imagen del poeta que se divulgaba, que hacía “reír a todos los que conocieron al gran fauno; esto que habría encolerizado a sus amigos verdaderos”, hubiese sido aprobada, por convencionalismos sociales, por “algunos poetas extranjeros”, que “lo recogen y lo repiten, asegurando que la leyenda verlainiana no fue sino una leyenda”; como no le sorprendía que, asimismo, algunos críticos de Londres o Berlín repitiesen dicha mentira. Pero no admitía que tal parecer fuese divulgado por quien opinaba que era uno de los influyentes críticos “que hablan para nosotros” los lectores de lengua española.

Se mofaban de Lepelletier, según el cronista, todos aquellos que conocieron la verdadera vida del poeta, los “amigos complacientes -Moréas, Du Plessys, Mendès, Maurras, La Jeunesse, Sawa, etc.- que lo quisieron, no a pesar de sus defectos, sino por su defectos y su genio”, que sabían cuál había sido la vida de Verlaine, cuyas “infantiles locuras pasaron la mayor parte de las veces sin que la sociedad burguesa tuviera de ellas noticia”, y tal como lo intuían los atentos lectores que captaban en el poema verlainiano la realidad de unas experiencias transformadas poéticamente. Le sorprendía, por consiguiente, que Darío, que no ignoraba esa verdad, divulgase la pseudo normalización emprendida por Lepelletier; y le extrañaba que, entre los hispanos, fuese precisamente él, que había alcanzado a conocer al poeta, y su entorno, en aquellas semanas parisinas del verano de 1893. Una precisión más de Gómez Carrillo que confirma nuevamente que Darío fue presentado a Verlaine, aunque no suministre más detalles que sumar a los pocos datos que Rubén cuenta en su

⁶ Remy de Gourmont lo justifica de forma parecida: “fueron las circunstancias más que sus propios gustos” (1911), aunque sin negar ninguna de éstas. “Verlaine intime”. *La Dépêche*, Toulouse, 12.08.1911.

necrológica de Paul Verlaine para “La Nación” en 1896 (y que incluirá en *Los raros*), y que repite, luego, en crónicas de 1911 y 1912: “Films de París. I. Bullier. II. Jean Moréas” (“La Nación”, 4.03.1911) y “La hija [*sic*, por *Vida*] de Verlaine. Realidad y leyenda” (recuperada en *Todo al vuelo*. Madrid: Renacimiento, 1912, y en *Obras Completas*, vol XVIII, de Mundo Latino).

Reproduciendo un largo párrafo de la crónica del nicaragüense, que adelantaba de golpe la actitud de Darío, comienza la crónica.

¡Ah la leyenda verlainiana y la realidad de las cosas! Yo quisiera que todos aquellos cerrados criterios, que todas las mal informadas personas para quienes el nombre del *pauvre Lélian* es una dicción sospechosa, leyeran, apartando por un instante las dispares y repetidas informaciones cara a los cronistas ligeros y desvergonzados escribas, leyeran y meditaran con calma los conceptos de este volumen fidedigno. Hace no mucho tiempo se publicó en Francia –Francia tiene estos arranques generoso- una rehabilitación, también muy documentada, de la vida de Poe, otro tan mordido y enlodado desde los días del odioso Gruisemold. Tales obras honran a los que comprenden y consuelan, a los que no aspiran a ver en el mundo tan solamente el lado oscuro o rojo de la Perversidad. Coincide con la publicación del libro de Lepelletier la de una obra póstuma y antigua, paralela a *Sagesse. Voyage en France par un français*. Se ha dicho, con sobra de superficialidad, que dicho *bouquin* no agrega nada a la personalidad intelectual del autor. Quizá. Mas hay una cosa cierta, y es que, dichosamente, ella ayuda a conocer el oro cordial del hombre. Del buen hombre, por siempre niño.

Propuesta que acepta pero reorientando ese cómo “conocer el oro cordial del hombre, por siempre niño” con lo que cambia la entidad al sujeto, absolutamente diferente de la de Darío. Limita la común acepción de “niño” con rectificadores adjetivos, como adelanto de su otra concepción de la personalidad del poeta:

Niño, sí; pero niño terrible, niño perverso, niño indomable, niño salvaje”, respaldándose con cita de Anatole France, quien había afirmado que el poeta “fue un sátiro, un ser semi dios y semi fiera que asustaba cual una fuerza natural y que no se sometió a ninguna ley”.

Y añade el cronista “A ninguna ley, en efecto, a ninguna ley social, a ninguna ley moral, a ninguna ley humana”, asegurando que “El dolor mismo fue siempre incapaz de contener sus ímpetus”, y, así, “envejecido más que viejo, claudicante y miserable, pasó los últimos años de su vida riéndose de sus enfermedades en su único hogar, que era la taberna”.

Una vida. ¿Simulación o franqueza?

“Contra esto también grita Rubén Darío, a pesar de saber que es la verdad”, puntualiza el cronista copiando otro párrafo en que Darío esquivo la realidad de Paul Verlaine a la que se refería Gómez Carrillo.

No hay en suma [en ellas], sino el propósito de revelaciones que interesan a un público de curiosos de intimidades literarias y de

aficionados a cuentos de café y cervecería. Están en la misma línea que esa malhadada fotografía de la serie de *nos contemporaines chez soi*, [que se han reproducido en magazines e ilustraciones extranjeras] y en la cual aparece “en su casa” el infeliz gran poeta, ante una mesa tabernaria en que se ve el brebaje fatal a su existencia y a su reposo espiritual por tantos años⁷. Tal crueldad iconográfica hace, con justicia, estallar la cólera fraternal de Lepelletier.

Como Darío cuestiona incluso el carácter de la amistad de Rimbaud y Verlaine, restando veracidad a esa relación íntima, Carrillo, con un “¿No recuerda Lepelletier el proceso Rimbaud?”, insiste que hasta el mismo Lepelletier no la negaba, aunque responsabilizando al joven poeta de ser el “luciferino” responsable. Darío había comentado⁸:

¡Ah! Aquí quería yo llegar. Pues bien, los amigos de asuntos tortuosos se encontrarán desilusionados al ver que lo referente a la famosa cuestión Rimbaud, se precisa con documentos en que toda perspicacia y malicia, queda en derrota, hallándose, en último resultado, que tales o cuales afirmaciones o alusiones en prosa o verso no representan sino aspectos de simulación, tan bien estudiados clínicamente por ingenieros. Los testimonios son fehacientes en una correspondencia escrita a raíz de los sucesos que provocan señaladas cartas de toda intimidad y franqueza, en que se ve el ala desnuda y toda ausencia de *pose* o de mentirosa urdimbre. Otros libros se han publicado sobre Paul Verlaine antes que este piadoso y definitivo⁹.

Nuevo párrafo de Darío que igualmente Gómez Carrillo contradice:

No querido Rubén, lo que usted llama simulación, era simple franqueza. Ni en público ni en privado, Verlaine negó jamás sus culpas, *toda sus culpas*. Yo me acuerdo que un día en que alguien le leía una defensa de sus costumbres, el viejo poeta se contentó con decir: -Sólo los imbéciles pueden creer que llamarme burgués es alabarme. Hasta ayer, en efecto, sólo los imbéciles habían escogido este modo de elogio farisaico, que consiste en escribir: -Podéis admirar a ese hombre, pues está averiguado que no se emborrachaba, que no tenía malas costumbres, que no era loco...

Además, Gómez Carrillo no acepta el tono con que Rubén Darío, cuando, dirigiéndose a esos “adoradores”, subraya que “Mucho pesará a los adoradores de la *soucoupe* el saber que Verlaine era un hombre de ideas burguesas que si vivió la vida de bohemia, fue forzado por la dureza de la suerte, por los caprichos circunstancias que amontona la casualidad”. Observaciones por las que igualmente consideró que Darío falsificaba igualmente la personalidad de puesto que con “su autoridad”, tan influyente en los medios literarios hispánicos, desde la “La Nación” de Buenos Aires, una de las tribunas de opinión más acreditadas del ámbito de lengua española,

⁷ Suprimido en el texto de 1912.

⁸ Para Gómez Carrillo “los poetas malditos” eran: Verlaine, Villiers de L’Isle Adam, Tristán Corbière, Arturo Rimbaud, Jules Laforgue y Stéphane Mallarmé. De Rimbaud, en 1899, había dicho: “...está considerado como un loco. Tal vez lo fue – un loco genial en todo caso”.

⁹ Este comienzo –“¡Ah! [...] bien”- lo elimina Darío en la corrección de 1912.

propagaba una desvirtuada identidad humana del simbolista ante el lector hispánico, y, por tanto, de su obra poética, con la aceptación de lo argumentado por Lepelletier, consagraba esa engañosa imagen.

Más incisivo que nunca, el guatemalteco no frena su ofensiva. Tras reconsiderar la crónica de Rubén, confiesa que, en verdad, no había terminado de sorprenderle que Darío se hubiese alineado con Lepelletier y que cuestionase las circunstancias biográficas que eran del conocimiento de los compañeros del círculo simbolista, tanto de sus coetáneos como de quienes, más jóvenes, le trataron en la última década de su vida. Y, con inesperado quiebro, pasa al ataque, convirtiendo a Lepelletier y a Darío en un único destinatario de su comentario y, por consiguiente, la alusión personal sobrevuela a ambos indistintamente. Sitúa al poeta centroamericano en la misma diana de adjetivaciones que dedicaba a Lepelletier, por su actitud *farisaica e imbécil*, y, con equívoco paralelismo, parece que hiciese recaer los desordenes de la vida de Verlaine -“malas costumbres”..., borracheras..., irregular vida familiar...-, del lado de Darío, como si de un tenso cara a cara se tratase.

Que Lepelletier estalle, está bien. Lepelletier es un buen consejero municipal, defensor de todas las hipocresías sociales. ¡Pero usted, querido Rubén! Usted que acompañado por Alejandro Sawa, aún alcanzó a ver a Verlaine en su taberna, entre los efebos y sus discípulos; usted que es poeta y no maestro de moral, usted no tiene derecho a propagar una mentira literaria tan grande y tan triste como la de Verlaine buen hijo, buen padre, buen esposo, buen ciudadano y buen burgués. Los faunos no son nada de eso. Son faunos. Y el autor de *Paralelamente*, como su abuelo Villon, fue un fauno lírico.

Recurre al testimonio de Sawa.

En el mes de marzo de 1907 Gómez Carrillo había hablado de *Las Fiestas galantes*. Había afirmado que “ninguna obra mejor que está encarna el corazón de Verlaine, un corazón en donde las frivolidades y las pasiones se mezclaron tiernamente”. Había aún un atento lector un testigo de excepción, en este octubre de 1907, que supo de la crónica de Darío al leer lo escrito por Gómez Carrillo: Alejandro Sawa. El escritor andaluz, que, al año siguiente, con ocasión de la publicación en 1908 de la traducción al castellano de Manuel Machado de *Fiestas galantes* (Madrid: F. Beltrán), calificará el prólogo de Gómez Carrillo de “un sorprendente pórtico”, y que, con esa lectura iba “a revivir mis días en París y a viajar con un altísimo poeta”, considera al amigo guatemalteco como uno de los tres grandes divulgadores de Verlaine:

Nadie, en efecto, ni en Francia ni fuera de allí, se ha ocupado tan asazmente del artífice de *Poemas saturnianos* como nuestro Gómez Carrillo; Stuart Merrill en Inglaterra y el holandés Vivamk, homéridas también, le van muy en zaga¹⁰. El porvenir los biógrafos del poeta tendrán que referirse a Carrillo siempre que quieran establecer la autenticidad de un dicho, de un gesto, de un verso de Verlaine.

No hace falta esforzarse para imaginar los comentarios de Sawa al respecto. En los distintos recordatorios de Alejandro de la figura de Paul Verlaine, siguiendo sus

¹⁰ Ortografía de la primera edición de *Iluminaciones en la sombra* (1910). Darío escribe el apellido del holandés, Bivanck.

dos textos principales -con variantes según los años: 1901, 1902, 1903, 1907, 1908)-, la conclusión primordial, cual definitivo juicio personal, siempre fue:

Conocí lo que valen los honores, las distinciones, los grados, los testimonios de la estimación pública y he visto de cuánta vulgaridad y cálculo, de cuánto rebajamiento también, se compone el honorario entre los regulares del mundo. Hay que felicitarse, pues, de que el más grande poeta de fines del siglo XIX haya vivido en *ontlaw*, a menudo huésped de las prisiones, borracho, depravado, peor aun. Me place que la confesión de tales costumbres haya estallado en la cara de la sociedad, vieja hipócrita, que prescribe que la falta que se oculta está casi perdonada. Pero ante la conciencia, no hay perdón sino para el pecado que se declara, para la falta que hizo sufrir y derramar lágrimas al pecador. Y con lágrimas lustrales se renovó, se purificó y se elevó la poesía de Paul Verlaine. ¡Ah “si la vieille folie” no lo hubiera asaltado en su camino, no hubiéramos podido entonces admirar el canto angélico de *Sagesse y Parallèlement...*!

“Usted que [...] aún alcanzó a ver a Verlaine [...]”

Darío pudo temerse algo más en ese recordarle que “usted que acompañado por Alejandro Sawa, aún alcanzó a ver a Verlaine en su taberna, entre los efebos y sus discípulos; usted que es poeta y no maestro de moral, usted no tiene derecho a [...]”. Porque Gómez Carrillo sabía suficientemente de su vida como para espetarle ese usted “es poeta y no maestro de moral”.

Si tener en cuenta los detalles de cercanía en la etapas anteriores de esta amistad -los meses de Guatemala de 1890, la correspondencia mantenida, el mes y pico en el París del verano de 1893, los días de distante reencuentro en Madrid, en abril de 1899, tras unos años distantes, desde 1896- ninguna fue tan apropiada para conocerse como en París a partir de 1900, en el número 132 del Faubourg Poissonière, donde se alojó Rubén invitado por Enrique. Y si en esa temporadas en que convivieron, el nicaragüense, como otros que allí se alojaron, fue testigo de muchas de las intimidades de Gómez Carrillo, igualmente el guatemalteco, despreocupado pero tan perspicaz, estuvo al corriente de los pasos de su compañero. No sólo eran las críticas a sus libros, los impertinentes párrafos de sus cartas o algún inesperado desafío a duelo –como también cuenta Blanco Fombona en sus memorias- lo que Rubén temía de las reacciones de Gómez Carrillo.

Un expresivo Enrique que también sorprendía, con su desparpajo, cuanto se hablaba de sexualidad. ¡Aquellas frecuentes ironías, como esa puntualización “*Plural ha sido la historia de nuestros corazones*- solía decir [Rubén Darío] desde entonces. Y Carrillo, cínico, corregía la frase: *Plural ha sido la historia de nuestra concupiscencia*”, de la anecdótica versión de Blanco Fombona”. O más curiosidad para para algunos de los que le trataban superficialmente al comprobar lo poco que le importaba ajenas opiniones sobre su persona o su espontaneidad en el trato público con sus amigos de siempre. Y de lo visto, pero no mentado, el curioso comprobaba lo poco que le pesaba lo más ingrato de su propia leyenda –“llevo diez leyendas en mi brumosa frente./ como otras diez leyendas en mi melena brava”, escribirá Amado Nervo¹¹, tan identificado con todo lo contado en crónicas, entrevistas, críticas o en sus narraciones. El inevitable apartado de chismes sobre su condición sexual. Qué

¹¹ Versos de “Genealogía. Para Enrique Gómez Carrillo”, el poema XL de *El Éxodo*, dedicado a Enrique y con clara alusión al origen español de su familia paterna.

importaba. Hasta podría favorecer a su imagen de literato..., respondió en ocasiones. El haberlo visto tratar, con llana naturalidad, a Verlaine, Wilde, Moréas, Merrill, Lorrain, Lajeunesse... pasmaba al provinciano y despistaba al enemigo. Desfile de nombres que generaron continuas morbosas especulaciones, incluso por parte de literatos de quien menos se esperaba, como Vargas Vila, ¡incompatibilidad absoluta!, tan empeñado en atribuir al guatemalteco los papeles sexuales que imaginaba.

En tanto, un real frufú de entradas y salidas de féminas del brazo de Enrique, amigas en las que se fijaban sus realquilados, sorprendidos testigos del día a día del cronista, en vivienda en donde era posible hasta apropiarse o jugar con las prendas femeninas olvidadas por alguna apresurada amiga de guatemalteco. ¡Oh, aquel piso en alguna de cuyas paredes estuvo prendido un colorido cromo con la perfecta cintura de Cleo Merode o el faunesco rostro de Verlaine del grabado de Carrière!

Imprevisto ofrecimiento y una opinión: “Es un bohemio [...] que recibió del cielo el don de sacar de su flauta de sátiro las más divinas armonías”.

Sobre todo en este 1907 a Rubén no tuvo que gustarle esa broma de que Gómez Carrillo se erigiese como futuro biógrafo del poeta, “su Lepelletier”...

Gómez Carrillo, por los comentarios glosados por Darío sobre lo contado por Lepelletier, opinaba que Rubén, argumentando de ese modo, se convertía en víctima “de su propio sistema” de consideraciones. Y para rebatirlo imagina que, en el futuro, uno de los admiradores del nicaragüense se convirtiese en “su Lepelletier” y asegurase que Darío “no bebe sino agua y que vive como padre de familia al lado de su esposa y de sus hijos”... Y con desenfado, para “tranquilizar” al poeta le asegura que si eso ocurriese, como “no habrá medio de quejarse, entonces, ni de preguntar si se trata de ironías malignas”, no había de qué preocuparse, porque “cuando el momento llegue” él mismo se convertiría en el defensor de la verdad biográfica de Rubén Darío...

Se remonta Gómez Carrillo a aquel primer contratiempo con Rubén, su director, en días de “El Diario de la Tarde”, ya ilusionado con todos los preparativos del viaje a Europa. Recuerda cómo el poeta se había reaccionado ante el calificativo *bohemio*. De ahí que en “La leyenda de Verlaine” Carrillo recupere el vocablo *bohemio*, como anecdótico antecedente, aunque ahora para convertirlo, enriqueciendo la acepción con una particular definición, que, indirectamente, también se aplicaba a él mismo: *bohemio*, como actitud ante la vida y como destino del artista. Finaliza, no obstante, con frases que se nos antojan como uno de los acertados juicios sobre la concepción de la personalidad de Darío de los emitidos por el cronista sobre el poeta. En efecto, la severa exposición de ahora llevaba aparejada, como compensación, un elogioso reconocimiento de la entidad lírica del poeta americano.

[Y]o escribiré, en este mismo sitio, un artículo, y dirigiéndome a su Lepelletier [a quien fuere su “mentiroso” futuro biógrafo] le diré: No, señor; el poeta de *Prosas profanas* no es un burgués. Es un bohemio, un gran bohemio de camisa limpia y de levita nueva, pero un bohemio siempre; un bohemio que hace una vida errante y que lleva a todas partes sus caprichos, sus locuras, sus tristezas, sus inconsciencias y su genio. Es un niño que recibió del cielo el don de sacar de su flauta de sátiro las más divinas armonías. Es un hijo espiritual de Verlaine”.

Desajuste en la reedición

Qué efecto produjo en Rubén esta crítica? Aparentemente, ninguno. No hubo polémica. No contestó. ¡Unas impertinencias más del desafortunado Enrique!...

Cuatro años después hubo una reedición de la crónica. El nicaragüense no la había alterado. Sólo despista, si acaso, el decidido cambio de título: “La vida de Verlaine. Realidad y leyenda” pasa a titularse, “La hija de Verlaine”, sin consignarle fecha, tal como lo hace con otras crónicas. Donde se leía ‘leyenda’, figura ahora ‘hija’, con sorprendente quiebro, un cambio que dirige la atención a la situación familiar de Paul Verlaine que glosa unos apartados de la crónica.

Viene a la memoria el contenido de esta polémica, con ligeros cambios, cuando Rubén Darío presenta su autobiografía en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, en cuaderno de la revista “Caras y Caretas” de 1911 o en el volumen de Maucci (Barcelona, 1912), en el capítulo XXXIII. Tras el “Yo soñaba con París desde niño”, en lo poco que escribe sobre Verlaine, aparte de su anécdota personal, evoca: “Cierta noche en el café D’Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de sus equívocos acólitos. [...] Se conocía que había bebido hartó. [...] las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado; aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico”. ¡No asoman las justificaciones de 1907, ni las de Lepelletier ni las suyas, por parte alguna! Y en otros momentos, en alusiones como “mi conocimiento del gran Fauno”, “Muchas gentes rodeaba al Sócrates lírico”, podrían leerse como ecos de la opinión de Gómez Carrillo.

El cronista guatemalteco olvidó su escrito. No lo recuperó cuando hizo selecciones para sus varios libros de crónicas. En cambio, Darío, en 1912, cuando decide un nuevo volumen de artículos, *Todo al vuelo*, como le había propuesto la editorial Renacimiento, entre los elegidos, esta crónica de “La Nación” de 1907 pasó al apartado “Varia”.

La réplica de Gómez Carrillo quedó en la discreta página tercera de “El Liberal”, la crónica de Darío en “La Nación”, con el texto ligeramente retocado, pasó en años siguientes a las ediciones de 1912 y de 1920 de *Todo al vuelo*. Y la crónica de Gómez Carrillo, injustificable sin el enlace con el escrito de Darío que la motivó, aparece, entre otros enfados y fugaces discusiones, como otra de las malévolas impertinencias del cronista guatemalteco.

La crónica de Darío es, por tanto, más conocida que la de Gómez Carrillo, que ha sido ignorada, o poco invocado, en las bibliografías del estudiado capítulo de la recepción de Paul Verlaine en las letras de los países hispánicos¹². No se facilitado la conjunta lectura de estos dos escritos de 1907, a fin de contrastar las diferencias de opinión que apuntan ambos literatos con respecto a Verlaine.

Una pareja de crónicas que se complementan y se añaden a los detalles reunidos sobre la recepción de Paul Verlaine en las letras en lengua española y, en especial, para dilucidar el desarrollo de dos puntos de vista y posiciones, sobre entretelas íntimas, en las valoraciones de estos dos fundamentales modernistas sobre una de las personalidades de la poesía simbolista europea más influyentes en el Modernismo hispánico.

Bibliografía

Acereda, Alberto. “Nuestro más profundo y sublime secreto”: los amores transgresores entre Rubén Darío y Amado Nervo”, *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 89, n. 6, 1 septiembre 2012.

Archivo Rubén Darío. Madrid: Biblioteca Histórica, Universidad Complutense de Madrid.

¹² Reproducimos el texto de la versión: “Verlaine. Líneas de aniversario”. *El Globo*, Madrid, 29.11.1902.

- Darío, Rubén. “Este era un rey de Bohemia” (1891). En: “Apuntaciones y párrafos”, *Crónica literaria*, IX, *Obras Completas*. Madrid: Mundo Latino, 1917-1919. _____ “Paul Verlaine”, *La Nación*, Buenos Aires, 10.01.1896. _____ “La vida de Verlaine”, *La Nación*, 10.1907. _____ “La hija de Verlaine”, *Todo al vuelo*. Madrid: Renacimiento, 1912. _____ *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona: Maucci, 1915. _____ *Todo al vuelo*, XVIII OC, Madrid: Mundo Latino, 1917-1919.
- Gómez Carrillo, Enrique. *Esquisses*. Madrid: Librería Viuda de Hernando, 1892. _____ *La bohemia sentimental*. París: La Campaña, 1899. _____ *Sensaciones de París y Madrid*. Paris: Garnier Frères, 1900. _____ “El alma lamentable de Verlaine”, *El alma encantadora de París*. Barcelona: Maucci, 1902. _____ *Ídem*. En: *Hombres y superhombres*. Madrid, Mundo Latino, 1920. _____ “Las fiestas galantes”. *El Liberal*, Madrid, 8.04.1907. _____ “La leyenda de Verlaine”, *El Liberal*, 22.10.1907.
- Gourmont, Remy de. “Verlaine intime”. *La Dépêche*, Toulouse, 12.08.1911.
- Lepelletier, Bernard. *Paul Verlaine. Sa vie.- Son oeuvre*. Paris: Mercure de France, 1907.
- Sawa, Alejandro. “Verlaine. Líneas de aniversario”. *El Globo*, Madrid, 29.11.1902. _____ *Iluminaciones en la sombra*. Madrid: Renacimiento, 1910.
- Verlaine, Paul. *Fiestas galantes. Poemas saturnianos*, Madrid: Fernando Fe, 1909. Traducción de Manuel Machado. _____ *Ídem*. 2.^a ed.: Madrid: Francisco Beltrán, 1917. _____ *Oeuvres poétiques complètes*. Paris: Gallimard, 1962.

Recebido para publicação em 10-09-12; aceito em 13-10-12